

EXPRESIONES SIMBÓLICAS DEL PODER POLÍTICO

por Miguel Cáliz

En el ejercicio del poder de gobernantes hay representaciones simbólicas que legitiman su ejercicio, más allá de los actos que hacen viable la delegación de autoridad o representación de la colectividad. Desde que el ser humano empezó a aceptar el mando de uno de los suyos en el clan -por fuerza bruta, astucia o una combinación de ambas- comenzó a utilizar ritos para mantener, consolidar y transmitir ese poder.

Hoy sabemos que el uso de la piel de un animal temible por su fiereza, que evocara el favor de las divinidades a su portador; la utilización de un elaborado tocado adornado por plumas de aves majestuosas o letales; y un garrote con cicatrices y manchas que recordaban inequívocamente la caída de los rivales, sirvieron como argumento místico a los mandamases de antaño para imponerse sobre el resto de sus congéneres.

En museos, pero también en noticiarios, apreciamos coronas, cetros, tronos, bastones de mando, medallas, blasones, que han trascendido el paso de las eras y que nos recuerdan esas épocas en que su empleo exclusivo daba autoridad incuestionable a quien los recibiera, heredados o por la buena fortuna en una guerra.

El poder se materializa en expresiones simbólicas. Existen disciplinas como la iconología -que es una rama de la simbología y la semiótica- que si bien se utiliza principalmente en historia del arte para analizar la representación de los aspectos religiosos, mitológicos y culturales de las imágenes artísticas, presta un importante apoyo a otras áreas del saber como la antropología visual, la etnohistoria y la ciencia política, en su pretensión de comprender las expresiones simbólicas que reflejan autoridad o poder.¹ Además de los elementos citados antes, también los uniformes, las armas, las insignias, las edificaciones, por citar algunos adicionales, han servido para simbolizar ese “dominio, imperio, facultad y jurisdicción” que se tiene para mandar o ejecutar algo (RAE). El uniforme y bastón policial, la insignia militar, el castillo del noble feudal. Todos símbolos, todos útiles para quien los emplea y detenta, para hacer valer su señorío.

Estas simbologías han mutado con el paso de los tiempos. En la modernidad republicana, la toma de posesión y la inauguración del mandato del ejecutivo (en sistemas presidencialistas), equivalen a la coronación y entronización monárquicas.

Cada país tiene sus rituales, que pueden incluir la imposición de una banda presidencial, una juramentación, la utilización de un escenario especial u otros más o menos peculiares, todos ellos cargados de simbolismo y tradición. Por ejemplo, en las precarias democracias latinoamericanas, la revista de tropas militares por un presidente entrante busca dejar claro que hay subordinación del poder militar al civil; algo similar ocurre con el detalle, no menor, de quien entrega una banda presidencial al nuevo mandatario -si el presidente saliente o el titular del poder legislativo.

Ese simbolismo puede incorporar atavismos, como utilizar prendas o posesiones de gobernantes previos: la juramentación de los últimos dos presidentes norteamericanos sobre la misma biblia en que lo hizo Abraham Lincoln hace 156 años, ritual que se ha desarrollado prácticamente sin interrupción desde que lo hiciera con la suya el primer presidente Jorge Washington.



O la “piocha de O’Higgins”, medalla en forma de estrella de cinco puntas de aproximadamente 7 cm de diámetro, esmaltada en rojo, cuyo original fue mandado a elaborar por el prócer chileno Bernardo O’Higgins y que se coloca en el extremo inferior de la banda presidencial chilena; esta se utilizó sin cesar desde 1872 hasta 1973, cuando desapareció en el bombardeo al Palacio de La Moneda. Una pieza nueva, modelada a partir de fotografías de la original, se utiliza en la banda presidencial del país austral, como elemento simbólico de la entrega formal del poder. La clave está acá en el simbolismo de la herencia personal como legatario de una figura histórica o de un caudillo.

La imagen y discurso, real o infundado de figuras patrióticas, próceres o mártires de causas políticas -hayan gobernado o no- se convierten así en iconos, que alcanzan niveles de idolatría entre parciales y generan reacciones contrarias en opositores. Una boina negra rematada con una estrella de bronce o roja (originalmente de una brigada de infantería paracaidista), una espada libertadora, el sombrero del líder derrocado quien a su vez lo heredó como sucesor indiscutible de un jefe extrañado del poder en similares circunstancias, como tantas otras representaciones simbólicas más o menos populares, apelan al mismo principio: el ejercicio del poder requiere legitimación ante propios... y extraños.

No podemos dejar de pronunciarnos sobre sus visibles manifestaciones arquitectónicas. En América Latina, ocupar el Palacio de Miraflores en Venezuela, la Casa de Nariño colombiana, la Casa Rosada de Argentina, la Casa de Pizarro del Perú y el Palacio Nacional en México son un claro ejemplo. Este último, por cierto, tiene la peculiaridad de estar ubicado en la que una vez fuera sede del poder virreinal de la Nueva España, que a su vez fue construido sobre parte del palacio del último Tatloani azteca; huelga decir la inequívoca interpretación y alcance psicológico que esto transmite entre los gobernados, en el marco del singular presidencialismo mexicano.²

En la política, poco o nada, pues, se deja al azar. Y los símbolos del ejercicio del poder, nunca. Jamás.

¹ Véase Brisset Martín, Demetrio E. Los símbolos del poder. En *Gazeta de Antropología*, 2012, 28 (2), artículo 01. <http://www.gazeta-antropologia.es/?p=108>

² Véase Carpizo, Jorge, *El Presidencialismo Mexicano*, México, siglo XXI, 1987.